



XIX CERTAMEN  
DE RELATOS  
BREVES  
MUJERES

SANTACRUZ  
El corazón de Tenerife







*XIX Certamen de Relatos Breves*  
*«MUJERES»*

*Edición*

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© *de esta edición 2024*

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© *de los textos*

Las autoras

*Ilustradora*

Paulina Mocna

*Maquetación e Impresión*

Litografía Santa Elena, S.L.

*Depósito Legal*

TF. 158-2025

EVELYN BEATRIZ HERMOSILLA MÉNDEZ  
ANA NAVARRO  
MARÍA PURIFICACIÓN GUTIÉRREZ DÍAZ  
LAURA URCELAY  
PAULINA BENCOMO

*XIX Certamen de Relatos Breves*  
«MUJERES 2024»

Santa Cruz de Tenerife, 2024



## ÍNDICE

<i>Presentación</i> .....	9
Jose Manuel Bermúdez Esparza	
<i>Prólogo</i> .....	11
Carmen de la Rosa	
<i>Estela</i> .....	17
Evelyn Beatriz Hermosilla Méndez	
<i>Un domingo. Aquel domingo</i> .....	29
Ana Navarro	
<i>Endemismos (o una historia verdadera)</i> .....	37
María Purificación Gutiérrez Díaz	
<i>Puertas rotas</i> .....	49
Laura Urcelay	
<i>Convertirse en monstruo</i> .....	59
Paulina Bencomo	
<i>Jurado</i> .....	71



Los relatos galardonados en el XIX Certamen Relatos Breves de Mujeres, que pueden leer en este volumen, nos ponen, una vez más, ante una realidad que, desgraciadamente, siguen sufriendo las mujeres de nuestra sociedad, y que no es otra que la violencia de género. A través de los textos que han sido seleccionados para formar parte de esta publicación se abordan situaciones que no solo viven las mujeres sino también sus hijos, su entorno, su familia.

Un año más, este certamen apuesta por fomentar, valorar y visibilizar la literatura escrita por mujeres como forma de expresión cultural y artística, e incrementar la presencia de la mujer en la vida cultural y social. Se trata de una iniciativa plenamente consolidada en el área de Igualdad del Ayuntamiento de Santa Cruz, y a la que, cada año se suman más mujeres con sus relatos, como prueba la cifra de participantes de este año, que alcanzó las 291 escritoras procedentes de todos los puntos de la geografía española, pero también desde otros países como Francia, Bélgica, Alemania, Chile, Colombia o Venezuela.

Con el relato ganador, titulado *Estela*, su autora, Evelyn Beatriz Hermosilla Méndez, se adentra en la terrible realidad de una mujer víctima de violencia de género, narrando, con dosis de intriga y como si de una novela negra se tratara, las desgracias, miedos y esperanzas de su protagonista, Estela. Es un relato intenso que les animo a leer en este volumen.

A Estela se suman otras cuatro historias, en dos de ellas, de nuevo, la violencia de género es el hilo conductor, mientras que, en las otros dos, asoman los estereotipos sobre la capacidad de las mujeres para afrontar distintas situaciones y el miedo que atenaza la libertad para volver a casa, seguras.

El primer accésit ha recaído en *Endemismos (o una historia verdadera)*, de la autora María Purificación Gutiérrez, una chicharrera que se adentra en la cotidianidad de una familia que hace su vida marcada por la violencia de género, como si de una rutina más se tratara.

*Un domingo, aquel domingo*, de Ana Belén Navarro, premiado con el accésit a autora local; *Puertas rotas*, de Laura Ruiz; y *Convertirse en monstruo*, de Paula Bencomo, completan los relatos que han sido premiados en esta edición.

Quiero felicitar, además de a las galardonadas, a las participantes, al jurado, a todas aquellas mujeres que trabajan, desde todos los ámbitos, para hacer mejor el mundo y, entre ellas, a quienes integran el área municipal de Igualdad, no solo por la organización del certamen, sino por su esfuerzo continuo para visibilizar el talento femenino y trabajar por una sociedad más justa.

JOSÉ MANUEL BERMÚDEZ ESPARZA  
Alcalde de Santa Cruz de Tenerife

*“Los hombres temen que las mujeres se rían de ellos.  
Las mujeres temen que ellos las maten”*

Margaret Atwood

**H**ay un tema que aparece en muchos de los doscientos noventa y un relatos que se presentaron a este certamen: el miedo.

Ese miedo que sentimos las niñas y mujeres ante la violencia sutil o evidente a la que se nos somete desde que nacemos. De nosotras se espera que encajemos a la perfección, como el pie de Cenicienta en el zapato de cristal, en un molde femenino que ha construido la sociedad machista. Cualquier intento de fuga o de rebelión merece un castigo. Como mecanismo de defensa psicológico para sobrevivir a esta violencia podemos negar que existe o la interiorizamos y la convertimos en “lo normal”. Pero no por eso desaparece. Todas nosotras la sufrimos. Nos mantiene en alerta y desencadena respuestas de lucha, huida o sumisión. Se ejerce de manera simbólica, cultural, sexual, verbal, psicológica, emocional, física. En los casos extremos acaba en un feminicidio.

Los principales valores que el patriarcado adjudica a las mujeres son la belleza y la juventud. Se nos convierte así en bellos objetos de consumo y se nos niega nuestra propia humanidad. En torno a esa imposición se desarrolla una industria cosmética y médica que factura millones de euros a costa de nuestra salud física y mental. La maquinaria propagandística funciona las 24 horas: la publicidad de un champú que transforma nuestro cabello en una melena *Pantene*, la de una crema facial que nos hace soñar con la tersura de la piel a los

veinte años. Productos milagrosos que nos seducen y que, en realidad, nos envenenan. Cargados de parabenos, derivados del petróleo y perfumes sintéticos que actúan como disruptores endocrinos y desencadenan enfermedades crónicas y cáncer.

La publicidad, la moda, las canciones, la telebasura reproducen una y otra vez los estereotipos de cómo tenemos que ser las mujeres. También los videojuegos, la literatura, la pornografía, el cine. Actrices maduras a las que no se les permite envejecer, con sus rostros esculpidos en serie, como el de Barbies fabricadas por Mattel, sirviendo de escaparate de las últimas técnicas quirúrgicas y médicas: labios rellenos de hialurónico, bótox que arquea las cejas, hilos tensores del óvalo facial. Influencers jovencísimas en *YouTube*, *Instagram*, *Tik-Tok* que muestran a sus seguidoras cómo someterse a todo tipo de modificación corporal para resultar cada vez más y más sexis. “*Lo hacen porque quieren*”. “*Me tiño las canas porque lo decido yo*”. “*Nadie las obliga*”. Comentarios que se repiten una y otra vez en las publicaciones de las redes sociales. Y no es así, lo hacemos porque existe un sistema cultural y social machista que nos presiona y nos violenta para que nos ajustemos a ese ideal inalcanzable de belleza.

Ese molde prefabricado que se llama feminidad también incluye la sumisión, la prestación gratuita de servicios de cuidado, domésticos y de crianza. La disponibilidad sexual, las tareas reproductivas y el autosacrificio. Las mujeres que no encajan son defectuosas: locas, brujas, malas madres. Así se nos señala como las chivas expiatorias que merecemos la violencia que recibimos. Las que nos atrevemos a reclamar una vida propia somos muy valientes. Nos enfrentamos a la perversión de un sistema que reconoce la igualdad legal, pero

no la practica. Y eso en países avanzados. En otros, donde la misoginia es extrema, no se reconoce legalmente a las niñas y mujeres como sujetas de derecho. Y se las condena así a una muerte en vida.

Los relatos presentados al certamen tratan sobre la lucha de niñas y mujeres por construir una vida propia en una sociedad que las considera ciudadanas de segunda categoría. Sobre el reconocimiento de los logros de las mujeres y sobre cómo nos las hemos arreglado para seguir adelante, a pesar de los innumerables obstáculos. El Jurado premió los siguientes relatos entre los casi trescientos que concursaron:

El Primer Premio fue para *“Estela”*, de Evelyn Beatriz Hermsilla. La autora refleja con maestría la brutal violencia a la que un maltratador somete a la protagonista. Y la posterior huida y reconstrucción de la víctima, que es posible gracias a la sororidad de dos desconocidas que la ayudan: la enterradora Chavelita y su amiga Zunilda. Ambientado durante la pandemia, la autora construye una atmósfera distópica dominada por la imprevisibilidad de la muerte. Y nos atrapa con un relato inquietante, desde su inicio hasta el sorpresivo cierre.

*“Endemismos. Una historia real”*, de María Purificación Gutiérrez, mereció el Primer Accésit de publicación. El lema de este relato podría ser que un maltratador nunca es un buen padre. Eso lo sabe bien la escritora. Sabe de *“la bola de emoción y miedo que se depositaba sobre la tierra”* por las noches, cuando la madre y sus hijos se escondían en el hoyo de la huerta para escapar de la violencia del padre. María Gutiérrez logra que la voz de la narradora infantil nos lleve con ella: *“ir de merienda a los charcos del barranco; sentarnos sobre las lajas grandes a mirar los sapos lustrosos, las garzas y los*

*patos cuando paraban, con la boca llena de dulce de guayaba*". Y que esa misma narradora, ya adulta, al visitar las ruinas de la casa y de la huerta en las que vivió su infancia, nos desvele la historia secreta que ha estado latiendo a lo largo del relato.

Ana Navarro obtuvo el Accésit a la Mejor Autora Local con "*Un domingo, aquel domingo*". Y lo merece por su gran capacidad de síntesis y su contundencia. En el escenario de una gasolinera y con sólo tres personajes: un padre, una hija adolescente y una joven empleada, retrata cómo el machismo impregna, bajo una capa de aparente igualdad, a un hombre que se sorprende a sí mismo ante sus propios comportamientos.

El Segundo Accésit de publicación fue para "*Puertas rotas*", de Laura Urcelay. Un narrador en tercera persona enfocado en la niña protagonista, como el que utiliza Alice Munro en varios de sus relatos, nos cuenta lo que sucede dentro de las casas. En la de la tía Tina, con su "*olor a tranquilidad*", en la de los Burgos, sin abolladuras en las puertas. Esas casas tan diferentes de la de Estela y Ángel, en la que las puertas tienen agujeros con la forma del puño del padre.

Una chica que regresa sola a casa a las cinco de la madrugada, tras salir de la discoteca protagoniza "*Convertirse en monstruo*", de Paulina Bencomo. ¿Qué podría salir mal? Mientras pasea por los escenarios nocturnos de Sevilla, una caperucita sin caperuza y con plataformas, se enfrenta a un peligro real. Y también a sus miedos, a los miedos de su madre y de su abuela. A los miedos de todas las mujeres. De su encuentro con el depredador, surge en ella algo desconocido.

Estos relatos premiados son pura literatura. Creada con la imaginación, el talento y el dominio de las técnicas narrativas y del lenguaje de las autoras. Espero que quienes los lean se

conmuevan y reflexionen, los guarden en su memoria. Los aprecien y los disfruten. En eso consiste el poder y la magia de la narrativa.

CARMEN DE LA ROSA



EVELYN BEATRIZ HERMOSILLA MÉNDEZ

**ESTELA**

*Primer Premio*

## EVELYN BEATRIZ HERMOSILLA MÉNDEZ

Talcahuano, Chile, 1975.

Sus obras han sido publicadas en la Antología 100 palabras para mamá (2019, Huelva), en el IV Libro de Microrelatos Pasión Marina Hotel Montreal (2018, Benicàssim), en el III Premio de Relatos Cortos Arona de las Artes y las Letras, en la Antología San Borondón, Un viaje literario, ambos en 2020. También en Premios Literarios AMULL 2021, (Tenerife), Antología 100 palabras para un Mundo (2023, Huelva), y en la Antología Raíces, Ficciones de la memoria en 2024, (Tenerife).

Ha conseguido en dos oportunidades el premio de Microrelatos “Dos veces bueno” de la Asociación Cultural Allegro Puerto, (Tenerife). Finalista 2018 de Microrrelatos Noviembre Forestal, (Gran Canaria). Ganadora también en Cosmocuentos 2019 y 2023 (Santiago de Chile). Primer lugar en el Certamen Creación literaria del Ayuntamiento de Candelaria 2019, 2º puesto en el VII Concurso de Microcuentos Lebu en pocas palabras 2020 (Lebu, Chile). Ganadora del 1º lugar en el IV Premio de Relatos Cortos Arona de las Artes y las Letras 2021 (Tenerife) y 2º premio en el III Concurso de Microrrelatos Día de Canarias 2022 (Garafía, La Palma).

Vive en España desde hace veinte años, tiene una hija, un marido, y tres gatos tontos.

*¿Qué sería de las mujeres sin el amor de las mujeres?*  
Marcela Lagarde y de los Ríos

**C**havelita Mamani se la encontró en plena noche, arrodillada al borde de la fosa común, con los ojos alucinados y las pintas de haber sido arrollada por un tren. Traía la cara ensangrentada y el ojo izquierdo cerrado por los golpes. Sudaba por el esfuerzo de haber llevado el cuerpo hasta allí y jadeaba, exhausta, despidiendo los últimos coletazos de la adrenalina que le había dado la fuerza para terminar con su infierno. Ambas mujeres se miraron en silencio y Chavelita, que era la sepulturera y había reconocido el cadáver como un cuerpo masculino arrojado al fondo de la fosa covid, justo en lo peor de la pandemia, se fio del silencio del perro guardián del campo santo, que se echó al costado de la asesina en un intento desesperado por calmarla, y decidió que también cerraría la boca. A fin de cuentas, la Justicia pocas veces se paseaba por los tribunales en donde decían que vivía.

Le condujo los andares de sonámbula hasta su casa, que no quedaba lejos y, al tenerla desnuda y encorvada en el cuarto de baño para quitarle cuanto antes tanta sangre y tanta tierra, le vio la piel lacerada, azul sobre azul, violeta como una ciruela de tantos golpes.

Una profunda tristeza que intentaba con todas sus fuerzas mantener a raya se apoderó de ella. No le daban las horas del día para enterrar a tanto cristiano, y a esta pobre

mujer la quería matar la peste del marido... ¡había que ver todas las señales de que el mundo se iba al carajo!

Por el desagüe bajaron la roña, las lágrimas y un breve atisbo de culpa que Chavelita se encargó de extinguir lavándole las manos con un jarrito de peltre, como a Poncio Pilatos. Sobre la alfombra del baño y tiritando, quedó la poquedad de carne y determinación que era su existencia. La abrigó con un camisón de franela y calcetines chilotos que se entibieron sobre la estufa, cuyas llamas cobraron fuerza consumiendo las ropas manchadas de evidencia. Cuando le cubrió los hombros con la toalla vieja y le enseñó las tijeras que se llevarían por delante su melena rizada, no opuso resistencia. Tampoco cuando le tendió dos somníferos, la metió en la cama de la hija ausente y le sirvió una taza de leche caliente para que la blanqueara también por dentro. Estela. Se llamaba Estela, y fue lo único que dijo esa noche antes de que el cansancio infinito que arrastraba le cerrara los ojos de golpe. La mamita de los muertos, como la llamaban en su pueblo, detenida en el quicio de la puerta, observaba con la cabeza ladeada a esta extraña, superviviente de la violencia machista, y no le pareció ni extraña ni desconocida. Había visto demasiados brazos amoratados y el miedo en las miradas, pero aparte de aplaudir un abandono femenino, nunca había sido testigo de un final tan trágico para el agresor como el que tenía a un palmo de narices. Había bajado a la tierra más veces de las que quisiera recordar a un buen número de mujeres asesinadas sin piedad y para las que en su mayoría, aún no había justicia.

Alzó las cejas, dio media vuelta para dirigirse a la cocina y tropezó con el perro, que se coló en la habitación y se

instaló con un gemido y las orejas gachas a los pies de la cama a velarle el sueño, sin que pudiera sacarlo de ahí.

Recogió las migas de pan del mantel con la mano, inspeccionó el fuego que devoraba el par de zapatos que la llevaron hasta allí y, descorriendo con cuidado la cortina de la cocina, atisbó el exterior. Ni un alma. Entonces, y como si fuese una avezada espía de la central de inteligencia, se puso en marcha. Cogió la libreta de la compra, que también hacía las veces de agenda telefónica de debajo de la imagen de la Virgen del Carmen, encaramada sobre la nevera, y desde el teléfono de baquelita que colgaba de la pared, junto al calendario de la carnicería Pincheira que se burlaba de todas las citas apuntadas inútilmente, marcó el teléfono de la única persona que podía ayudarla en estos momentos, y en quien confiaría su vida si fuese necesario. Su amiga, Zunilda.

Al quinto timbrado le respondió una voz pastosa, sobresaltada. Segura de que ninguna buena nueva se daba a esas horas.

—Zuni, soy Chavela. Disculpa que te llame a estas horas —carraspeó y tragó saliva— es que tengo un problema—.

A su interlocutora, que los escasos segundos ya le habían dado tiempo de incorporarse en la cama, escuchaba atenta los escasos detalles que le daba del asunto con el ceño fruncido, en señal de máxima concentración, leyendo entre líneas, asintiendo con monosílabos y tramando ya un plan para ir en su auxilio.

Cuando colgó, prometiendo devolverle la llamada la noche siguiente con una solución, examinó por primera vez la planilla con las rutas semanales que debían hacer ella y sus compañeros en este nuevo contexto de pandemia, tal como

se leía en negritas y subrayado. Y con una peregrina idea en la cabeza apagó la luz, se cobijó entre las mantas de su cama vacía y, por mucho que lo intentó, ya no volvió a dormirse.

Chavelita por su parte suspiró algo más aliviada al colgar el teléfono. Arrimó una silla de mimbre y se sentó frente al fuego, abrió la puerta de la estufa a leña y con un atizador, se dio a la tarea de reducir lo poco que quedaba de los zapatos a cenizas. De pronto se acordó de la botella de whisky que le regalaron por su jubilación y, para relajar los nervios, y solo por esta vez ya que ella no bebía, se sirvió un vasito, y ya de madrugada, agotada, se fue a la cama. La despertaron los entusiastas lengüetazos del perro que ya creía que era domingo, y de un brinco se vistió a toda prisa con el traje epi y corrió perdiendo el resuello con las gafas protectoras y la mascarilla camino del cementerio. Para cuando llegó cogiéndose el costado del dolor por el esfuerzo, se puso pálida. Se encontró de frente con la cuadrilla de militares que cansados de esperarla, y conociendo la macabra rutina diaria, lanzaron los dieciocho cadáveres cosecha del hospital Herminda Martín asfixiados por la covid diecinueve a la fosa, sin perder el tiempo. Todavía tenían que desplazarse a los pueblos vecinos a recoger algunos más, de modo que ahí le dejaban el reporte, en la carpetita amarilla.

—Y ah, Chavelita, tiene mala cara ¿no se habrá pegado el bicho?— preguntó el cabo Llanquileo entre broma y preocupado, extrañado por su atraso y vaporizando en la fría mañana.

—No, qué va, mijo. Tanto cansancio que llevo encima... y una que ya está vieja...— dijo con su mejor cara de inspirar lástima, encogiéndose de hombros.

—Descanse mamita, esos de ahí ya no van a ir a ningún lado— exclamó, enfilando la retaguardia de la brigada que ganaba ya la puerta del recinto. Afirmó la espalda en un nicho, cerró los ojos y aspiró con fuerza, recomponiéndose del susto de su vida, empapada en sudor. No habían notado nada.

Tras sorprenderla la viudez con tres bocas que alimentar, Zunilda, luego de intentar ganarse los garbanzos de varias formas posibles, todas ellas infructuosas, acabó convirtiéndose no sin muchas dificultades, en chofer de la locomoción colectiva, asegurándose un salario suficiente y fijo con el que sustentar a su familia y ahora, con todo el mundo resguardado en sus casa por el virus, lo que transportaban eran personal sanitario e insumos médicos allí donde hicieran falta.

Cambió su ruta en Concepción por la de un compañero, agotadísimo, que se dirigía a Chillán a llevar un grupo de veterinarios y dentistas reconvertidos en médicos de familia, para ayudar en los hospitales saturados de enfermos.

Que si Dios quería, ella se pasaba por su casa con el autobús el jueves dieciséis, a eso de las nueve de la mañana a tomar café y a recoger los sacos de papas que le había encargado y salía pitando de vuelta con dos respiradores averiados que se necesitaban urgentísimo. Eso fue cuanto le comunicó el martes en su llamada nocturna. Debía mantenerla oculta dos días más y, de momento, nadie parecía haber echado en falta al barrabás ese. Había que permanecer atenta.

Estela, que comía como un pajarito encerrada en el cuarto, acompañada durante el día por el perro, lloraba sin bulla al recordar la ristra de pamplinas pelicleras que

le creyó a aquel hombre, y que, al poco de la convivencia, transformó su existencia en una vida aborrecible. Todos sus recuerdos eran un paisaje en ruinas, mustio de cariños y enquistados de miedo, por eso las noches que pasó hablando con su generosa anfitriona le sirvieron de terapia para exorcizar las tropelías, recuperar las esperanzas que él había decapitado y sacudirse, al menos un poco, la apariencia de animal amedrentado para no ser de nuevo, víctima de nadie.

Se despidieron en el pequeño salón de la vivienda con los ojos cuajados de lágrimas; una deseando suerte y valor, la otra balbuceando un racimo de infinitos agradecimientos apenas oyeron detenerse el enorme vehículo que conducía Zunilda y que estacionó adrede, bloqueando la vista de algún vecino curioso. Estela, ya dentro del saco de arpillera y sobre una carretilla de mano, era conducida y depositada al interior menos visible del enorme maletero del autocar con la ayuda inestimable de las dos mujeres.

Estela se quedó en el campo, como la papa que había fingido ser, al cuidado de la madre de Zunilda, que nada más estudiarle el resuello supo que tenía dos costillas rotas. Don Alberto, el padre, no sería problema. El alzheimer y él ya eran grandes amigos, y a la señora tener compañía justo ahora en el confinamiento le venía de perlas.

Cuando apareció septiembre empujando una primavera remolona y su carrito con alergias, Estela ya no tenía cardenales ni heridas visibles. El cabello le había crecido, las ojeras se habían esfumado y tenía más carne en los huesos. Estuvo lista para abandonar el nido en fiestas patrias, cuando multitudes se desplazan por todo el país para celebrar la independencia con familiares y amigos. Aprove-

charía el anonimato de la mascarilla y el gentío para llegar a la capital, a pesar de que seguían sin ninguna noticia que alertara de la desaparición del hombre. Se alojó en la pensión de la viuda, que así la conocía todo el mundo. Una destartalada casa esquina de tres pisos e innumerables habitaciones recoletas atiborradas de plantas y huéspedes de todos los tipos que se mantenían en perpetuo tránsito, y en donde abundaban las sonrisas y la camaradería. A la mañana siguiente, a primera hora, y siguiendo las señas apuntadas en un papel por Zunilda, y que consultaba constantemente, llegó a la fábrica en donde la entrevistarían por un empleo.

Se trataba de una vieja nave techada y oscura en donde se colaban las corrientes de aire y deambulaba un personal estafalario, que le daba al lugar la insólita apariencia de una embarcación pirata.

La señora que le dio el trabajo le contó la desconocida historia del desastre ecológico que avergonzaba al país, y que ocurría en la soledad del desierto de Atacama, en donde toneladas de ropa usada del primer mundo se apilaban sin recato alcanzando la altura de montañas, para luego arder sin control en un vertedero clandestino de dimensiones inimaginables, a vista y paciencia de las autoridades, degradando para siempre el paisaje. Su misión, y la de todo el equipo, consistiría en palear los efectos del desmedido consumo textil reciclando prendas, ayudando al planeta.

Inspirada por el discurso y dispuesta a dar lo mejor de sí para devolver al universo la ayuda recibida, como le prometió a la jefa, comenzó al día siguiente donde el sol que se colaba por las planchas de zinc desportilladas revelaba una nube de partículas en suspensión que la hacían es-

tornudar, sin alterar en absoluto la rutina de los demás empleados. Más tarde se enteraría de que gran parte de la mano de obra provenía de programas de reinserción social de población penitenciaria y la escasa financiación, de cuatro premios concedidos en el extranjero, de modo que nadie la importunó con preguntas personales a la hora del descanso, pero sí la convidaron a la obligatoria ronda de mate.

Martita, una mujer anodina y discreta, con el talento natural para pasar desapercibida, y que cumplía condena por hurto, le enseñó cada una de las etapas del proceso, que le parecieron un verdadero milagro. El mismo que creía experimentar a diario en su vida y que poco a poco le devolvía la confianza y la sonrisa.

Cada día seleccionaban de forma manual cada prenda en función de su color y elasticidad, quitaban botones, cremalleras y florituras para que el ruido de máquinas del siglo pasado las escupiera convertidas en madejas de hilos matizados, ciento por ciento reciclados, que se llevaban a la tienda para su exhibición y venta. Pero había un problema. No se vendían. Y la jefa se comía las uñas cada fin de mes para pagar la pizca que eran los sueldos de esas pobres gentes. Por eso, cuando por fin los de la televisión necesitaron una noticia amable, corrió a enseñarles su empresa a las cámaras, que ensalzaron el producto, y la resiliencia de los empleados, que sonrieron nerviosos y aparecieron también en pantalla.

Las mujeres acudieron en tropel a la tienda vaciando las estanterías, de modo que felices por el reconocimiento de tantos, y librándose del atolladero financiero, redoblaron sus esfuerzos para reponer cuanto antes la mercancía.

Tres semanas llevaba Estela haciendo más horas que un reloj, saltándose el almuerzo, tosiendo pelusas, comiendo hilachas y sacudiéndose las diminutas fibras rotas que flotaban por doquier y que estaba segura ya de llevar hasta en el ADN, cuando despidió a sus compañeros del turno de tarde y se quedó, sola y entusiasmada como estaba, preparando un pedido grande que debían entregar al día siguiente.

Con el folio celeste en la mano izquierda, el bolígrafo entre los dientes e inclinada sobre las cajas repasando los ovillos, la sorprendió el hombre que entró por la puerta abierta y que creyó sería el chofer de la furgoneta de reparo. La ira en los ojos que la taladraban le heló la sangre en las venas, y tamaña sorpresa le impidió moverse durante unos segundos que le parecieron eternos, pero el resplandor de la navaja que empuñaba le dio los motivos para hacerlo. Había vuelto de entre los muertos a terminar el trabajo. Sin dejar de mirarlo esbozar una macabra sonrisa, calculó sus posibilidades. Empezó la huida por el pasillo en donde se amontonaban los fardos de ropa y oyó el tintineo de la cremallera de su chaqueta de cuero cada vez más cerca, a punto de darle alcance. Torció a izquierda y derecha los pasillos adyacentes con el corazón galopándole en el pecho, desbocado, y en su alocada carrera tropezó y cayó de bruces. Intentó levantarse enseguida, pero ya era inútil. El peso de su agresor le impedía respirar. Respirar, pensó con una lucidez atronadora, ¿para qué? Había disfrutado de un corto espejismo de felicidad, pero desde hacía mucho tiempo sabía cómo acabaría todo.

Sentado a horcajadas sobre su víctima, y consciente de su fragilidad, comenzó a descargar la fuerza de sus puños

sobre su cara, disfrutando la nula resistencia que oponía, la sangre que manaba de los cortes y el amasijo de rasgos irreconocibles en que se le convirtió el rostro al cabo de un rato. Solo se detuvo cuando estuvo seguro de que ya no respiraba y su cuello se doblaba en un ángulo imposible. Entonces se puso en pie. Se alisó la ropa, limpió sus nudillos con un trapo que cogió de una de las mesas de trabajo y se retiró el mechón que se le adhería a la frente perlada de sudor. Olía a bestia y se le agrandaban los ollares con cada resoplido, feroz. Respiró hondo y se encendió un cigarro. Dirigió una última mirada al cuerpo y comenzó a prender fuego a los montones de ropa que ardieron contagiados de la misma violencia con que la había asesinado. Al abandonar el galpón cerró la puerta con el candado que colgaba del postigo.

Las noticias de las ocho daban cuenta de la tragedia. La fábrica que redimía los pecados de los consumidores ardió sin que los bomberos pudieran hacer nada por evitarlo y el cadáver femenino, aún sin identificar, tal como ocurría en la impunidad del desierto, ya movilizaba a las policías.

A cientos de kilómetros del suceso, a Chavela y Zunilda se les atragantaba el desayuno. Pensaron la una en la otra y, sí, sintieron al unísono que tenían una cita impostergable.

ANA NAVARRO

**UN DOMINGO.  
AQUEL DOMINGO**

*Accésit mejor autora local*

## ANA NAVARRO

Islas Canarias, España, 1975.

En 2023 publica su libro *Relatos Fulgurantes* con la editorial Nazari.

Ha participado en varios libros como *Perdone que no me calle* (2017), *Nubes de relatos 1* (2018) y *Nubes de relatos 3* (2020), la antología *San Borondón, un viaje literario* (2020), *Microfantabulosas* (2021), *¿Qué se ama cuando se ama?* (2023) y *CASA* (2024).

En cuanto a premios, en 2018 gana el VII Concurso de relato breve del municipio de El Sauzal y en 2019 el concurso de la revista *Palabrerías* “El cuento en cuarentena”. En 2021 el I certamen literario de la tertulia *Cuentos de la Pandemia* y en 2023 logra el 2º premio del XXIII Certamen de relato hiperbreve *Villa La Orotava*. Pueden leerse algunos de sus microrrelatos en las revistas *Brevilla*, *Diversidad Literaria*, *La Sirena Varada*, *Marie Claire España*, *Microtextualidades*, *Papenfuss* y *Plesiosaurio*. También escucharse en la Audioteca de literatura canaria actual del Instituto Canario de Desarrollo Cultural.

**M**e gustaría empezar diciendo que no ocurrió así o que no era yo quien se comportó de aquella manera, pero la realidad y la honestidad me lo impiden. En otras ocasiones había estado en la gasolinera sin percatarme de nada. Es uno de esos lugares llenos de automatismos que transcurren por debajo de cualquier otro pensamiento consciente. Ese era yo, alguien como tú un domingo por la mañana. No demasiado temprano, pero tampoco tarde. Un domingo anónimo en una gasolinera de cualquier lugar.

La cuestión es que me agaché a revisar el aire de las ruedas bajo la condenatoria mirada de mi hija adolescente. Por más que la animé a ayudarme, como cuando era niña y de cualquier actividad hacíamos una experiencia de lo más emocionante, ella ni siquiera hizo el amago de bajarse. Me lanzó una mirada que hubiera etiquetado como: ni te atrevas. Intenté consolarme pensando que se había arreglado para ir al cumpleaños de una amiga y lo que nos faltaba era un drama por una mancha en la ropa o por cuatro pelos fuera de la coleta perfecta.

Marqué la presión exacta y enseguida el aparato indicó que era necesario inflar el primero de los neumáticos que comprobé. Apreté la boquilla y presioné el botón, pero en lugar de notar el sonido profundo del aire entrando noté

el agudo pitido del aire saliendo y enseguida la aparté. Lo intenté dos veces más observando en la máquina cómo descendía la presión de la rueda de manera progresiva. Durante unos segundos el pánico me atrapó con la posibilidad de acabar con un neumático desinflado haciendo de aquel domingo estúpido uno importante, uno que trascendiera y definitivamente me estropeará la tranquilidad de olvidarlo. Además, tampoco se trataba de mí, también estaba mi hija que iba a disfrutar contando aquel episodio a la pandilla del cumpleaños, a las madres y padres y a nuestra familia cada vez que nos reuniéramos. La imaginé añadiendo detalles que me dejaran todavía más en ridículo mientras trataba de explicar mi versión. Que a todas luces les resultaría aburrida y hasta poco creíble.

Me incorporé sin tener demasiada idea de qué hacer. Los empleados despachaban combustible a toda prisa en medio de los vehículos ansiosos. Estaba seguro de que no era el mejor momento para pedirles ayuda. Aun así, insistí haciendo señas a algunos de ellos sin lograr nada. De pronto un vehículo se paró justo delante del mío. Entonces mi atención se desvió hacia él y me acerqué para decirle al conductor que tardaría un buen rato, si es que había aparcado allí para lo mismo, porque la máquina no funcionaba bien. Una joven bajó del coche y muy resuelta se ofreció a ayudarme. Yo me detuve en seco, algo en mi interior explotó como si hubiera un escape de gas dentro de mi cabeza o una mecha muy corta entre los oídos y el cerebro y ella hubiera provocado una explosión. El caso es que cuando abrí la boca solo fue para soltar una ironía. En serio te has parado a ayudarme, qué pena que no hubieras estado cuando inflaba las ruedas de los otros cinco coches que he tenido en cuarenta años.

Ella ni se inmutó. Con la misma amabilidad se agachó para comprobar que la boquilla no funcionaba. Yo no podía controlar mi ira. Lo que me faltaba era la típica empoderada que quería demostrar que era mejor. Ya te lo he dicho. Lo mejor de esta situación es que hasta ahora el desinflar la rueda era una preocupación para mí y se acaba de convertir en tu responsabilidad. Fíjate, de repente me siento más aliviado.

Mientras terminaba de saborear aquellas palabras una voz interior comenzó a recordarme que mi hija estaba observando la escena a través de la ventanilla del copiloto con gran interés. Y que yo no era así. No era ese tipo desagradable que se siente humillado porque una mujer lo ayude, mucho menos en cuestiones automovilísticas. No despreciaba así a alguien que pretendía ayudar. Y, sin embargo, no podía controlarme. Me agaché a su altura con un provocador ¿y ahora qué vas a hacer? Ella me miró a los ojos ignorando el comentario y dijo que en el almacén tenían boquillas nuevas. Se levantó y caminó hacia la parte de atrás de la gasolinera. Un escalofrío me recorrió la espalda, era el resultado de un choque de trenes, el que gritaba que el colmo era que una chica trabajara en una estación de servicios y el que decía que era tan válida para ese trabajo como para cualquier otro. Una frase que muchas veces le había dicho a mi hija, pero que ahora se me atragantaba con todos los prejuicios y estereotipos que se habían despertado en mi cabeza.

Mientras esperaba, las elucubraciones no pararon. ¿Acaso no había hombres para contratar en esa estación de servicio? ¿Osaría darme algún consejo sobre el desgaste de los neumáticos? ¿Intentaría darme lecciones de cómo

mantener el coche en buenas condiciones? ¿Lo siguiente sería revisarme el nivel de aceite y darme una clase práctica? ¿No habría un empleado que lo hiciera?

Retumbaban tan desagradables éstas y otras preguntas y afirmaciones en mi cabeza que me resultaba agotador intentar centrarme en la vocecita que repetía: tú no sabes nada de coches. Lo has reconocido en voz alta y sin dificultad miles de veces. ¿Qué problema tienes ahora?

Cuando la chica regresó di las gracias secretamente. Estaba agotado con tanta discusión interna y luchaba por no abrir la boca.

Intentó desenroscar la boquilla defectuosa y poner la nueva, pero no parecía que fuera tarea fácil. Por fin y haciendo un gran esfuerzo me ofrecí a ayudarla. Ella agradeció el ofrecimiento, aunque me explicó que la pieza estaba atascada y necesitaríamos algo más que nuestras fuerzas. En su maletero siempre llevaba una caja de herramientas. Me pidió que sostuviera la manguera y muy decidida se acercó a su coche. Abrió el maletero. Desde mi posición la observé rebuscar en el interior de una caja grande con aspecto de pesada. También vi un chubasquero, unas botas de senderismo y una sudadera con el logo de la estación. Respiré hondo. No podía enfrentarme al maletero de alguien preparada para todo tipo de eventualidades. Allí estaba cual ayudante mequetrefe de una mujer empleada de gasolinera y experta en boquillas. Una que se había enfrentado a situaciones como ésta muchas veces con clientes energúmenos sospechosamente parecidos a mí en ese momento.

Reconozco que en mi interior aguardé la esperanza de que no encontrara ninguna herramienta de utilidad y me

viera obligado, con mi sencilla fuerza bruta, a darle una lección. Pero no ocurrió así. El karma, la vida, el dios que estuviera de guardia o el universo no estaban de mi parte ese día y regresó con una llave inglesa y una sonrisa de satisfacción que se me hizo insoportable. Consiguí desenroscar la boquilla y colocó la nueva. Mi hija se había bajado del coche más cansada que furiosa, pero observar a la chica, tan solo unos años mayor que ella, había despertado su curiosidad. Su gesto era de interés como si quisiera aprender. Eso era el colmo. De vez en cuando me miraba y yo hacía todo lo posible para que nuestros ojos no coincidieran, sabedor de que en su interior estaba disfrutando la forma en que la otra me ponía en mi sitio sin malos gestos ni palabras irónicas.

Después entre los dos revisamos las otras ruedas. Incluso mi hija nos siguió con idea de echar una mano si fuera necesario. Al terminar le di las gracias varias veces con tono de niño arrepentido sin atreverme a levantar la voz, casi susurrando entre una respiración y otra. No estaba preparado para que mi hija me escuchara reconocer lo acertada que había estado la chica en sus acciones. Ella solo contestó: de nada, si no nos ayudamos unos a los otros, ¿en qué nos convertiremos?

¿Qué podía responderle a eso? De repente ambos estábamos en silencio mirando a mi hija. Imagino que se sentía satisfecha de dar ejemplo mientras yo me convertía en el peor padre y el peor hombre del mundo. Luego se alejó sin prisa. Seguro que para ella la mañana había merecido la pena.

Mi hija y yo subimos a nuestro coche. Ya no parecía tener ninguna prisa por llegar al cumpleaños. Se le escapó

una medio sonrisa tierna como si en el fondo su padre le diera un poco de pena o eso quise pensar. Lo cierto es que arranqué y conduje sin decir nada el resto del trayecto. Ella solo puntualizó que la chica le había parecido muy amable. Pero yo no estaba dispuesto a darle conversación. No tenía ganas de remover nada de lo que se acumulaba en mi interior. Me sentía abochornado y no iba a gritar que me había humillado una niñata haciendo trabajos de hombres porque no era cierto, me había avergonzado yo mismo frente a una persona educada y resolutiva. Seguro que una buena trabajadora y compañera de profesión. Quizás también había sido una mañana provechosa para mí, aunque esto último tardé unas cuantas horas en procesarlo.

MARÍA PURIFICACIÓN GUTIÉRREZ DÍAZ

**ENDEMISMOS  
(O UNA HISTORIA VERDADERA)**

*Primer accésit de publicació*

## MARÍA PURIFICACIÓN GUTIÉRREZ DÍAZ

Canaria, activista social y literaria, narradora y poeta, escribe para gente menuda y adulta. Es autora de una docena de libros: de cuentos, microrrelatos, poesía, haiku y novela, así como de una colección de álbumes ilustrados. Muchos de sus textos han sido traducidos a otros idiomas y han aparecido en antologías y publicaciones colectivas, líricas y narrativas, españolas y de otros países. Es, además, maestra de escritura creativa, tallerista, compiladora y correctora. Ha impartido múltiples talleres, en España y en el extranjero y ha participado como invitada en numerosos encuentros y congresos nacionales e internacionales.

Coordina en su pueblo la experiencia de educación no formal Aprender no tiene edad y colabora con la Escuela de Creación, la Librería de Mujeres de Canarias y varias iniciativas populares, sociales, culturales y literarias.

Ha sido merecedora de varios premios literarios —entre ellos el Primer premio de este mismo certamen en 2002— y varios reconocimientos sociales y como escritora. Fue nombrada Ciudadana Ilustre de Vista Alegre, en Neuquén (Argentina), es Premio 8 de marzo de Santa Cruz de Tenerife, reconocida por su labor por el Torneo Salvador Lecuona en 2022 y por el Congreso Nacional de Mujeres y Deporte en 2023.

Desde la mañana en la que se embarcó mi padre, se acabó dormir en el hoyo.

La primera noche la pasamos en vela; sentados en la tierra cubiertos por las mantas. Mi madre, con la expresión demudada y los ojos como dos faros negros que brillaban perdidos a través de mi cabeza, nos había pedido juramento de silencio. Que no se enterara la abuela ni las tías ni en la escuela... Lo del hoyo era un secreto de nuestra familia y nadie debía saberlo, un secreto entre nosotros, aventureros que desafiábamos los peligros de las tinieblas, capaces de vencer cualquier adversidad y, cuando asentimos y todos hubimos jurado besando nuestros pulgares cruzados, se le amorosó la mirada.

Con las historias que nos contaba mi madre, en mi cabeza iban cobrando forma hazañas de misterio y leyendas. Metidos en aquel agujero de tierra, en el que apenas cabíamos, nos transformábamos todos en héroes de fascinantes aventuras nocturnas. La jefa de la banda y sus secuaces, agotados pero exultantes, se guarecían para descansar después de un duro día de azarosos peligros, de los cuales mi madre presentaba, casi siempre, alguna secuela.

Por la noche, cuando oíamos llegar a mi padre, todos nos poníamos alerta y en marcha; mi cuerpo se transformaba en una campana. Al principio temí que me delataran

sus tañidos, tan fuertes resonaban dentro de mí. Al ruido del motor del coche, mi corazón se desataba y los latidos me subían hasta la garganta y las sienes, y empezaban a retumbarme en la cabeza pum-pum, pum-pum, mientras corríamos hacia el hoyo de la huerta; las mantas levitaban, se elevaban como capas de superhéroes al impulso de la carrera.

¡Vamos, niños!, ¡vamos!

¿Dónde estás mala mujer?, ¿dónde están?, ¿a dónde los llevaste?, ¡ah, prefieres dormir con tu madre...!

¡No pasa nada, no pasa nada!, vamos, vamos, susurraba ella en carrerilla, mientras nos amparaba con su capa, orientándonos hacia el hoyo como una gallina guía a sus pollitos con el ala.

La bola de emoción y miedo se depositaba en el agujero de tierra.

Él profería gritos durante un rato y luego venía el silencio negro, como si estuviésemos en el fondo oscuro de una cueva. Callados, no nos atrevíamos a hacer ruido, no decíamos ni una palabra, permanecíamos paralizados allí dentro hasta que cesaban las voces de mi padre. Apretaba los ojos para no escucharlo y, cuando los abría, me los iluminaba el firmamento y, poco a poco, la intensidad iba aflojando y paraban las campanadas.

Luego hablábamos muy bajito para que no nos oyera. Finalmente caíamos todos vencidos por el sueño, mi padre en la casa y nosotros en el hoyo. Mi madre siempre montaba guardia, con la cabeza erguida, como la coruja, taladrando las tinieblas con los ojos.

Las carreras silenciosas al hoyo se mezclan en un recuerdo cargado de emoción que me asalta a veces el pecho

y la garganta, como entonces. Muchas noches sueño que estamos allí dentro y el universo me protege. Las estrellas velan por nosotros, míralas; ellas nos cuidan.

Y en el sueño me duermo también mirando las estrellas, contemplándolas al runrún de la voz de mi madre. Y me levanto con la sensación de despertar en el hoyo; como si fuese una de aquellas madrugadas.

Me tumbaba en el fondo observando la bóveda celeste, un manto repleto de estrellitas brillantes que me envolvía. Se me pegaban los ojos al cielo. Los regueros lechosos resplandeciendo, los destellos fugaces y el frescor de la noche en la cara. Me dormía pensando en la vida extraterrestre; si todos eran como ET, si tenían pelo, si se cepillaban los dientes como nosotros, si sus familias eran como la mía... Y me imaginaba habitando uno de aquellos planetas, cabalgando un cometa, o dirigiendo mi propia nave espacial a través del infinito espacio estelar, hacia la Estrella de la muerte, en cuya órbita me esperaban Han Solo y Chewbacca, para lanzar el ataque definitivo.

Era como trepar a escondidas al moral o ir de merienda a los charcos del barranco; sentarnos sobre las lajas grandes a mirar los sapos lustrosos, las garzas y los patos cuando paraban, con la boca llena de dulce de guayaba.

El hueco en la tierra se fue haciendo más grande.

¿Quién ha estado agrandando el hoyo de la huerta? Ya sabes cómo les gusta cavar a los niños...

Nos apiñábamos allí dentro, tapados con las mantas, hasta que mamá nos despertaba al amanecer y corríamos hacia la casa. Nos metíamos en la cama y, milagrosamente, reanudábamos el sueño como si no hubiese ocurrido nada. Y es que nada había ocurrido.

A las ocho, mamá nos despertaba de nuevo y nos preparábamos. Bajábamos en volandas del viento ladera abajo, hasta el barranquillo donde estaba la escuela y, cuando volvíamos, parecía querer impedirnoslo. Me gustaba ir, aprender, leer libros; disfrutaba tanto dentro del aula como en el recreo jugando con las otras niñas.

Mamá tenía preparada junto a la puerta la cesta con una botella de agua y galletas, la agarraba al vuelo y salíamos como una ventolera; a veces ponía bizcochón o rosquetes, y nosotros, casi todas las noches, admirábamos el universo con la boca dulce. A Venus lo reconocíamos al instante, brillando, titilando, en una competición para ver quién lo descubría primero.

Bajo la cúpula del cielo, los perfiles de los riscos; detrás, más lejanas, las montañas malva, que por las mañanas tenían colores más feos; y al otro lado, enfrente, más allá siguiendo la línea oscura de la costa, las luces de la ciudad; Santa Cruz, decía mi madre, se ve preciosa. Cuando me fijaba en la mar negra me daba por pensar en tiburones y me arrebujaaba fuerte en la manta.

En las islas no suele haber tiburones. Los tiburones nadan en aguas calientes. Mi hermana grande, Carmen, sabía un montón sobre los animales.

La casa, situada en medio de un llano, se ha ido difuminando desde la muerte de mamá, asediada por las zarzas, que respetan sólo ese oasis verde del drago y la palmera; invadida por la soledad y el moho, pelada de desconchones, ahora parece querer diluirse en el paisaje, desaparecer.

Delante de la fachada principal, orientada al Este, en el patio, desde el que mirábamos el mar, y donde se levantaba el parral que lo cubría casi por completo y a cuya

sombra aparcaba el coche mi padre, brillaban las matas de mamá y el asiento de cemento pulido en el que descansaba la abuela cuando venía de visita, resoplando después de subir la cuesta.

En la parte trasera de la vivienda estaba el cercado y, más allá, las montañas. Sobre el poyo de la cocina, las ventanas se abrían hacia el hermoso sembrado de papas salpicado de frutales, naranjos, aguacates, un guayabero generoso que nos endulzaba el frío y la higuera junto al paredón. A mi madre se le escapaban los ojos tristes al paisaje mientras fregaba los platos.

La higuera lejos de la casa. Lo dice la Biblia. Este año está preciosa. Viene cargada, pronto estarán los higos para comer.

Entonces, todos preferíamos la cocina a cualquier otra dependencia de la casa. Allí nos reuníamos en torno a la mesa por la mañana, una algarabía de voces y brazos durante el desayuno. Mensajes ininteligibles entre el chocar de platos y tazones de leche caliente y manitas extendidas reclamando servilletas, la mermelada o el azucarero. Mamá daba las instrucciones precisas, preguntaba por la tarea o mediaba en algún conflicto por la indumentaria, dirimiendo sobre camisetas, lazos o calcetines a juego.

Precisamente desde la cocina, por la puerta lateral, se producía la evasión nocturna. Por ella accedíamos a la huerta en la que mi madre sembraba calabazas, melones y sandías fresquitas, y en la que, un poco más allá de la banguera, estaba el hoyo, convertido ahora en ese reducto verde, un superviviente, un pequeño oasis en mitad de la huerta seca, en la que bate el alisio meciendo la palmera y el drago.

Me gustaba estar en la cocina con mi madre. Me sentaba a la mesa y, mientras preparaba la comida, fregaba los platos, congelaba alimentos o remendaba alguno de nuestros calzones, la sometía a una suerte de interrogatorio policial que terminaba cuando ella, cansada, me bajaba y, poniendo su mano sobre mis omoplatos, me empujaba suavemente, animándome a salir a jugar con mis hermanos, o a tomar el aire un rato.

Cuando llovía o el frío me sitiaba, trepaba a la banqueta y me arrodillaba sobre el granito del poyo para observar, a través de las ventanas empañadas de vapor, a los gatos merodear por el sembrado, entre los árboles persiguiendo a los mirlos, o me extasiaba con el canto del capirote moñudo que anidaba en la higuera. Los pájaros cantaban durante todo el año y desde mucho antes del amanecer.

Cuidado, cuidado, que viene el cernícalo.

Frotaba con la manga en el cristal hasta despejar mi propio ojo de buey que, desde la cocina, me mostraba el mundo, y me quedaba alelada viendo cómo desaparecían bajo la bruma la ladera y todas sus casitas lejanas, sintiendo el golpeteo de la lluvia contra los cristales o siguiendo el descenso errático de los goterones que competían en carrerilla.

Absorta miraba las laderas salpicadas de casas y huertas, detrás de las cuales se erguía la cordillera lejana y desde donde bajaba sin freno el Alisio que nos acompañaba casi todo el año. La pared del fondo protegía el cercado del viento. Cuando se quedaba quieto nos producía una suerte de extrañamiento, como si se avecinase alguna desgracia...

El aire estaba quieto el día que mi padre se embarcó.

Mi padre gritaba mucho. Cuando venía borracho grita-

ba porque la comida estaba fría o muy caliente, porque mi madre se había dejado el pelo suelto, porque había olvidado comprar el vino o porque olía a perfume... A la hora del almuerzo se portaba mejor, gritaba menos y no amenazaba a mamá, pero casi todas las noches llegaba muy enfadado por el vino y la tomaba con ella. Todos callábamos para no enfadarlo más, porque cualquier cosa lo enfurecía; mi madre contestaba, con la cabeza y la mirada bajas, sólo a lo que le preguntaba. Tampoco quería enfadarlo, para que no le pegara, y nosotros aprendimos pronto a imitarla cuando él nos preguntaba cualquier cosa.

Una mañana, cuando estábamos desayunando, de repente, volvió del trabajo. Comenzó a gritar y mi madre nos mandó a la escuela. A mediodía, al regresar, nos enteramos de la noticia.

Fue a dar con tío Antonio. No pudo despedirse por el apuro del barco; le avisó Luciano esta misma mañana, después de que se fueran ustedes, que zarpaban a las 12, pero me pidió que les dijera que sus hijos son lo más importante de su vida y que no los olvidará, aunque esté lejos.

No recuerdo que hablasen de nuestras ausencias nocturnas, no hablaron de ese asunto delante de nosotros, jamás. Mis hermanos tampoco quieren hablar de cuando éramos chicos. Ninguno quiere saber de recuerdos tristes, dicen que las noches en el hoyo son producto de mi fantasía, que son imaginaciones más, pero no, no, es posible que la memoria sea mentirosa, pero nosotros dormimos en el hoyo, durante mucho mucho tiempo, hasta que mi padre se embarcó.

Hacía años, en el lugar del hoyo habían excavado un pozo buscando agua. Un zahorí loco, con su varita, los ha-

bía convencido de que justo por allí pasaba una poderosa y fresca corriente subterránea. Mi madre nos explicó que se había formado porque cuando se excava la tierra nunca queda igual, que después de hecho el agujero, aunque se rellene bien o se aplane, la tierra nunca se asienta igual y siempre queda más blanda y deprimida que el terreno circundante.

Al día siguiente de la marcha de mi padre, cuando regresábamos de la escuela a la hora del almuerzo, nos encontramos la palmera y el drago plantados en el hoyo.

¡Miren qué bonitos! Son especies protegidas; nadie puede arrancarlos ni talarlos, dijo mi madre sonriendo, radiante. Los cuidaremos entre todos.

Nos alegramos por la palmera y el drago, y por su felicidad, tan espontánea como insólita.

Una orgullosa y flexible palmera canaria que ni el Alisio somete, porque se cimbreaba como un junco para regresar a su dignidad sin despeinarse tras su embate, y un drago despeluzado, como Toby cuando se sacudía después del baño, continúan desafiando al viento en el hoyo. Los dos en un círculo de plantas de aloe, teresitas y corrigüelas, entre muchas hierbas, verde todo, en el centro de la huerta pelada.

La parra del patio y el cercado de atrás, secos; todo seco ahora en torno a la casa abandonada. El llano desolado, la escuela derruida abajo, un palomar inundado de garrapatas. Ruinas todo, menos el drago y la palmera que sobreviven milagrosamente, sin claudicar. A ver si resulta que, finalmente, tenía razón el zahorí y por debajo pasa una fresca corriente de agua que los mantiene verdes.

El día que mi padre se embarcó para reunirse con tío Antonio, que estaba en Venezuela o en el Uruguay, y al

que nunca conocimos porque jamás regresó, como mi padre que tampoco volvió nunca. Se terminaron las noches en el hoyo y mi madre empezó a sonreír. Hacíamos la tarea, cenábamos, veíamos la televisión y nos acostábamos en nuestras camas durante toda la noche.

La casa quiere caerse, ya no hay matas de sandía ni bubangueras ni vienen los mirlos a desenterrar semillas, y parece mentira que pasáramos tantas noches en ese hoyo del que nadie habla, como si jamás hubiese existido. Quizá porque, si removemos, ya nada será igual, como decía mi madre.



LAURA URCELAY

**PUERTAS ROTAS**

*Segundo accésit de publicación*

## LAURA URCELAY

Torrelavega, 1985.

Es escritora. Interesada en el realismo, sus historias tienen un denominador común: la protagonista es siempre mujer. Así lo confirma su primer libro publicado, *Mujeres de retales* (2018), una compilación de doce relatos.

Su primera novela *Hasta luego, futuro* (2020) es la continuación del relato con el que ganó el Premio Internacional de Narrativa Joven «Abogados de Atocha 2018».

Su segunda novela *Ni un padrenuestro* (*Libros del aire*, 2024) es la historia de su abuela materna. Ya en el 2020 escribió el relato «La canción del huerfanito» para el concurso sobre *Historias de Nuestros Mayores de Zenda* que fue galardonado con un segundo premio, empujón definitivo para meterse de lleno en el proyecto.

Además, ha sido premiada en diversos concursos de relatos, ha participado en libros colectivos y ha formado parte del jurado en premios literarios.

Actualmente vive en Barcelona y compagina su trabajo de psicóloga sanitaria con la escritura.

A Estela la casa de la tía Tina le parecía hermosa. Por todas partes tenía jarrones con claveles rojos que cogía del jardín. Las paredes estaban limpias, blancas. Sobre el suelo había alfombras azules y esponjosas. En los estantes de la cocina no cabía más comida. Cada habitación tenía un ropero y una cómoda con sábanas, mantas, almohadas y batas que olían a algo que Estela no sabía nombrar, pero que era el olor de la casa de la tía Tina. Olor a tranquilidad. Las puertas no estaban rotas. Encima de las camas había muñecas. Estela sabía que las muñecas eran de las hermanas de su padre. También sabía que no se las podía llevar, jugaba con ellas cuando iba a casa de la tía Tina, es decir, cada día.

Estela vivía en otra casa a doscientos metros. Una casa distinta. El jardín estaba lleno de malas hierbas. Las paredes renegridas tenían arañazos. El suelo desnudo, casi siempre cubierto de polvo. En la habitación de sus padres había un armario donde guardaban la ropa de los cuatro. En la suya, que compartía con su hermanito Ángel, había dos camas pegadas. Las puertas tenían agujeros con la forma del puño de su padre. Solo había un juguete. Estaba en la tercera habitación, una habitación en la que no había nada más que ese juguete al que le faltaban piezas. Lo habían heredado de la prima grande. Había que sacar

huesos con unas pinzas sin tocar los bordes. Ángel siempre los tocaba, el juego zumbaba y la nariz del señor se ponía roja. Ángel todavía era pequeño para hacerlo bien. En los estantes de la cocina había patatas y cebollas, a veces, cajas de cereales de los que no anunciaban por la tele. En la nevera había bolsas de leche, yogures y cervezas. Por eso iban todos los días a casa de la tía Tina, para comer fruta, verdura, carne y pescado. Y, de vez en cuando, helado de fresa, el preferido de Estela.

A veces, también iban a dormir a casa de la tía Tina, con las muñecas. Como el día del pasaje del terror, cuando ocurrió lo de la lumbre. Ese día, Ángel y Estela ya estaban en la cama. Los despertaron los gritos. Su padre decía que su madre era una gilipollas por haberlos dejado ir a la casa de los de Burgos. Su madre decía que no se preocupara, que les había advertido de que no hablaran y los había peinado para que las calvas no se vieran. Estela se dio cuenta en ese momento de que otra vez se estaba arrancando el pelo. No lo podía evitar. Había empezado con esa manía a principios de verano. Cada vez que había una discusión en casa, se enredaba en el pelo. Era tan suave y tan liso y daba tanto gusto coger un pelito con la punta de los dedos y arrancarlo de un tirón. Muchas mañanas, la almohada amanecía cubierta de mechones rubios y su calva, justo detrás del flequillo, cada vez más ancha. Ángel la había copiado, como con todo, solo que sus mechones eran castaños. Su madre los había llevado al médico. Estrés, estos niños tienen estrés, había dicho el pediatra. Y su madre les daba en la mano si veía que se tocaban el pelo. Pero ellos ya no lo podían remediar. Así que los peinaba intentado disimularlo, pero, en cuanto se movían un poco, las calvas aparecían.

Estela no entendía por qué su padre se enfadaba por haberlos dejado ir a casa de Blanca. Todos los niños de Villaguera habían ido a ver el pasaje del terror que la chica había preparado en el pajar. Ellos fueron los últimos. Insistieron mucho a su madre. Al principio dijo que no, que cogerían miedo; que no, que sería aburrido; que no, que no había que molestar a los vecinos.

Al final dijo que sí, pero que no se enterara su padre, que no hablaran de sus cosas y que no se les vieran las calvas. Así que fueron de la mano por la carreta hasta la casa de Blanca, a cinco minutos de la suya. Llegaron a la portilla y se quedaron allí quietos.

Estela se fijó en que aquella casa también era bonita por fuera y se imaginó cómo sería por dentro. Estaba acostumbrada a visitar las casas de las vecinas cuando acompañaba a su madre a vender. Le gustaba cómo su madre decía: «Avon llama», la contraseña para que las señoras abrieran sus puertas. Mientras su madre les enseñaba cremas, pintaúñas y coloretos, ella miraba lo bonitas que eran las casas, los objetos que las decoraban y, sobre todo, se fijaba en las puertas que nunca estaban rotas. Y creía que no había en todo el pueblo otra casa tan fea como la suya, porque había visitado muchísimas y ninguna era tan horrible.

A la casa de los de Burgos nunca había entrado, ellos no compraban maquillaje y su padre no los dejaba ir a ningún sitio si no era para vender. Pero, ya desde la portilla, Estela se dio cuenta de que aquella casa también era bonita, porque el jardín estaba adornado con flores blancas y azules, palmeras, un caminito de piedra y una enredadera rosa que trepaba por la pared y llegaba al balcón. No se equivocó. Cuando Blanca abrió, comprobó que por dentro brillaba

todo: los marcos de las fotos, los espejos, los crucifijos y las puertas de madera, que relucían sin una sola abolladura.

Blanca los llevó hasta la entrada del pajar. Dijo que ella esperaría afuera, que tenían que agarrarse a una cuerda que verían al principio y seguirla, y que, si sentían mucho mucho miedo, la llamaran y entraría a acompañarlos.

Lo primero que encontraron fueron unas cortinas negras que tenían pegados carteles con letras gigantes. Ángel preguntó qué ponía y Estela se lo inventó. Ya tendría que haber aprendido a leer, pero iba muy retrasada en la escuela. La maestra decía que tenía dificultades y necesitaba apoyo, que no podría pasar de curso y que, además, no se relacionaba con las niñas de su edad y le iría bien tener amiguitas más pequeñas. Cuando su madre se lo había contado a su padre, ella, desde la habitación, le había oído decir que la niña había salido igual de tonta que la madre. Así que, cuando Ángel le preguntó qué ponía en los carteles, Estela se lo inventó:

—Vamos a jugar a mi casa que es como un castillo.

—No me engañes, esa es la canción de Pipi.

—Es lo que pone. Te lo juro.

Tras las cortinas había una habitación oscura con lucécitas rojas. Ángel cogió la mano de Estela. Ella agarró la cuerda y comenzó a recorrer el pasaje sin soltar a su hermanito. A medida que avanzaban escuchaban golpes, chirridos y carcajadas. Ruidos que hicieron que se acercaran más el uno al otro con aquella risita entre asustada y divertida. Pasaron por debajo de fantasmas que se balanceaban en el techo con sus sábanas blancas llenas de sangre de mentirijillas. Los fantasmas les rozaron las cabezas y aceleraron el paso para dejarlos atrás. Llegaron a una esquina repleta

de telas de araña que les hicieron cosquillas en la cara y en los brazos. Lo que más miedo les dio fueron los espantapájaros que estaban al final. Tan altos como su padre, con pantalones vaqueros y camisa de cuadros, parecían enfadados. Salieron por una puertecita que daba al jardín. Blanca los esperaba con un cuenco lleno de dedos y dentaduras de gominola. Ángel se adelantó para coger una y Estela vio lo despeinado que estaba, cómo se le veían las calvas. Se llevó las manos al pelo y notó que ella también estaba despeinada. Trató de colocarse la melena, pero Blanca le pidió que aguantara el cuenco de chucherías y se quedó sin manos libres. Blanca volvió con los sombreros de los espantapájaros. Le puso uno a cada uno y dijo que eran un regalo por lo valientes que habían sido, podían quedarse con los sombreros y con las golosinas.

Volvieron a casa contentos y temerosos de que su padre les descubriera al ver los regalos. Pero su madre era lista, mucho más de lo que su padre decía. Llevó los sombreros y las golosinas a casa de la tía Tina, los bañó, los peinó, les dio un vaso de leche con cereales de los que no anunciaban por la tele y los metió en la cama antes de que su padre llegara. Pero al final él se había enterado, se había enfadado, había gritado y los había despertado.

Estela pensó que, si le contaba que en la casa de los de Burgos no habían hablado nada de sus vidas y no se habían despeinado ni un poquito, se calmaría y dejaría a su madre tranquila. Por eso se levantó. Le dijo a Ángel que se quedara en la cama, que ahora volvía, pero él la siguió, como siempre. Así que se dieron la mano y fueron descalzos por el pasillo oscuro y vacío. A medida que avanzaban escuchaban golpes, chillidos y bofetadas. Ruidos que les

hicieron acercarse más el uno al otro con aquella respiración agitada. Llegaron a la puerta de la cocina. Su madre se balanceaba en una silla con el camisón blanco manchado de sangre de verdad. Su padre parecía un espantapájaros, con su vaquero y su camisa de cuadros, pero no le veían la cara, no sabían si seguía enfadado, porque estaba de espaldas, calentando el hierro en la lumbre. Su madre les indicó con el dedo que no dijeran nada, se acercó a ellos sigilosa como un fantasma, les cogió las manos y echaron a correr antes de que él pudiera quemarlos.

Salieron a la calle sin zapatos, en pijama. El suelo estaba húmedo, pero fueron tan deprisa que los pies les entraron en calor. Corrieron hasta la casa de la tía Tina.

—Tina, ábrenos, que tu sobrino nos mata.

Tina apareció rápido. Abrió la puerta, hizo que entraran y cerró con todos los candados y pasadores que tenía. No dijo nada. Les puso los sombreros de paja, les dio el cuenco de golosinas y los llevó a la cama con las muñecas.

Estela le dio un beso a Ángel, que se quedó dormido casi al instante. Se abrazó a una muñeca. Olió la almohada, suave y blandita, que olía a la casa de la tía Tina. Antes de dormirse pensó en lo que pasaría al día siguiente, lo que pasaba siempre después de una pelea como aquella: su padre no iría a trabajar, pediría perdón y estaría cariñoso con los tres. Hasta les dejaría subirse en el coche a jugar. Estela se pondría al volante y Ángel de copiloto. Pondrían la canción de Comerranas y harían como que viajaban mientras fumaban un cigarro invisible y bebían de una botella imaginaria. Sería un día encantador y el cariño de su padre duraría un tiempo, hasta que volviera a enfadarse.

Por último, antes de quedarse dormida, hizo lo que le había dicho el pediatra: pensar en cosas que le gustaría que pasaran.

Un viaje a Disney.

Ser Pipi Calzaslargas.

Comer toneladas de helado de fresa.

Vivir con la tía Tina, en aquella casa tan bonita.

Jugar con las muñecas tumbada sobre una alfombra azul.

Hacerse mayor y arreglar para siempre todas las puertas que estuvieran rotas.



PAULINA BENCOMO

# CONVERTIRSE EN MONSTRUO

*Tercer accésit de publicación*

## PAULINA BENCOMO

Nacida en Sevilla en 1992, es una artista digital afincada en Madrid.

Aunque estudió dos años de Periodismo, donde pudo aprender las bases de la escritura, terminó por graduarse en Comunicación Audiovisual, al darse cuenta de que el lenguaje audiovisual expandía su libertad creativa.

Durante 2015 y 2019 escribió y dirigió varios cortometrajes de ficción.

Desde 2019 ha compartido reflexiones y escritos en su cuenta de Instagram como proyecto personal.

En 2022 recibió el primer premio en el Concurso Literario de Poesía y Microrrelato LGTBIQ, organizado por el Ayuntamiento de Totana, por su microrrelato “WTF & Spencer”. Desde ese año ha participado en diversos talleres literarios, la mayoría impartidos en la Escuela de Escritores.

Para Bencomo, la escritura es una forma de vida: tras dedicarse varios años al sector publicitario, pensó que, si había algo en la vida que merecía ser promocionado, eso era la escritura, así que en 2024 decidió trabajar en la Escuela de Escritores como creativa en el departamento de marketing.

Ha escrito una colección de cuentos inéditos. Su obra explora temas como la culpa, la manipulación psicológica, el sentimiento de pertenencia o el miedo a la soledad.

**T**odavía le tiembla el cuerpo por lo que ha pasado en el baño.

Las tres regresan a casa con las plataformas desgastadas de tanto bailar. Dejan atrás los graves de la discoteca en dirección a una parada de bus. Ríen a carcajadas mientras se cuentan los cotilleos de la noche bajo una marquesina cubierta de hojas.

Con pelos y señales les va relatando a sus dos compañeras de clase cómo acaba de echar el polvo de su vida, las posturas, los orgasmos. Allí aguarda un ratito más sentada en el banco, por si el A2 pasa algún día de estos, pero enseguida se aburre de esperar, es mujer de poca paciencia. Como ningún otro nocturno la acerca a casa, decide volver a pie. Su abuela lleva un mes y medio diciéndole lo mismo:

—No me seas cutre y gástate el dinero en un taxi, anda, que yo te lo pago. A regañadientes le promete que sí.

La abuela, que no se fía un pelo, siempre le pide que lo jure por Dios.

—Que sí, abuela, te lo juro.

Ella cede porque no cree en nada, si acaso en el karma. Así su abuela se queda tranquila y ella al final va caminando, no por ahorrarse los siete euros del viaje sino por llevar la contraria, porque en otoño el clima es suave, las piernas fuertes y la calle es suya.

Las pulseras juegan y tintinean en su muñeca. El bolso de plástico se mece en el hombro. Sus pies sacuden la carretera. Así cruza la Avenida de Carlos V, ya medio desierta a las cinco de la madrugada. Solo se topa con fiesteros que piden taxis y con coches que irán a alguna parte. Le retumban los oídos, como si las últimas canciones se le hubieran incrustado en los tímpanos para no despedirse nunca de ellas. Canciones que suenan a complicidad y desencanto, a sí quiero pero no así. Ojalá vuelva a encontrarse con ese fantasma de la discoteca. Ojalá el próximo viernes lo vea en la pista, con su horrible camisa celeste, su sonrisa triunfal y, de improvviso, entre las ráfagas de luz, pueda decirle tres cosas bien dichas, lo que en su momento no ha podido decir.

En unos minutos alcanzará la Puerta de Jerez, una de las plazas más concurridas de la ciudad. Por el día hay todo un gentío: los tenderetes, los coches de caballos, los músicos, las gitanas del romero, los turistas. Sin embargo, al avanzar un poco más, pisando los raíles del tranvía, descubre la plaza abandonada, sin bulla, sin alma.

A lo lejos, la Catedral de Sevilla se exhibe más iluminada que nunca. Pareciera que está en llamas. Los tonos ámbar le dan un aspecto de callejón encantado a la gran avenida. Desde que viven juntas, su abuela no para de hablarle de la dichosa catedral: que tiene cinco naves, veintitantas campanas, las obras de Murillo, un retrato de Goya, que si allí se casó una prima suya, que si esto, que lo otro. Ella nunca ha entrado en el templo. Hace menos de dos meses vivía en otra ciudad con sus padres y tampoco es que ahí dentro se le haya perdido nada nuevo. Como futura arquitecta debería entusiasmarle, pero en el fondo no es que tenga gran

interés, a ella le van más las Setas de la Encarnación, es más de vanguardia, la verdad, aunque justo ahora, parada frente a la puerta principal, la Puerta de la Asunción, reconoce el calibre de la catedral gótica. Es monstruosa. La más grande del mundo, recalcaría su abuela.

Cambia de acera para ver de cerca los escaparates, algunos encendidos, otros en penumbra. El reflejo de los cristales, con el interior a oscuras, le devuelve una imagen radiante. Nunca se había visto tan segura de mí misma, tan esbelta, tan firme. A los dieciocho puede comerse el mundo. Tiene sus inquietudes, claro, como cualquiera: convivir con las manías de su abuela se le está haciendo cuesta arriba; echa de menos a sus padres, que se han ido un año a África a grabar pumas y elefantes; la carrera de arquitectura no es lo que esperaba, tendría que haber estudiado un módulo de fotografía, lo mismo que ellos; encima acaba de liarse con un cavernícola que la ha usado de muñeca hinchable en el baño, se ha corrido en tres minutos, para después dejarla sola y desnuda tirando de la cisterna. A sus nuevas amigas ha preferido contarles otra historia, una batallita adornada, vaya, una versión mucho menos penosa que la original, porque lo último que quiere escuchar son consejos empoderantes llenos de lástima. Le explota la cabeza. Por si fuera poco, lleva colgando un perro rabioso de los ovarios. Espejito, espejito. ¿Quién es la más pringada de este reino?

El efecto de los oídos taponados empieza a disiparse. Todavía no se oye el cantar de los pájaros, pero amanecerá dentro de una hora. En cuanto llegue a casa, calentará las sobras que su abuela le haya apartado de la cena, se dará una ducha a máxima temperatura con la alcachofa

apuntando a los riñones, se tumbará en la bañera hasta anestesiar la carne, después caerá rendida sobre las sábanas y mañana será otro día, mañana más.

A su paso, las farolas centellean con un tic nervioso, se comunican en código morse, pero ella, de puro sueño, ignora las señales. Entorna levemente los párpados y los despliega de golpe. Los cierra, los abre, los cierra, los abre; y así, sin pedir permiso, un destello intrépido se cuele entre las pestañas.

Escucha ensimismada la percusión de sus zapatos. Paf, paf. Hasta ahora, los únicos que transitan la avenida.

En el cristal de los escaparates, además de su reflejo, una figura oscura merodea por las inmediaciones, entre los árboles que descansan bajo el pórtico, como si hubiera escapado de la catedral encantada por arte de magia y estuviera tanteando el terreno, buscando un destino que ponga fin a la noche. Bueno, siendo más realistas, puede ser alguien que entre temprano a trabajar, vete a saber, un panadero, un mozo de almacén, o sencillamente otro chaval que también vuelva a casa; pero, en un visto y no visto, la figura le ha pillado ventaja, ya no es solo un bulto lejano que deambula sin saber a dónde va, es una persona de carne y hueso, un hombre que va en su misma dirección: él junto a la fachada de la catedral, cabizbajo, y ella rozando el codo contra los escaparates de enfrente. Una avenida tan ancha, piensa, con tanto espacio entre ambos, y el tipo no tiene otra cosa mejor que hacer que cruzarse de acera. ¿A dónde irá? Quizá tenga que girar por alguna calle perpendicular y su acera le pille de paso.

Hace un cálculo mental de las calles que faltan para llegar a la Plaza del Ayuntamiento, donde podrá girar por fin

a la derecha para ir callejeando hasta la casa de su abuela. Quedarán dos o tres.

Trata de calmarse, diciéndose que será coincidencia, que ese hombre también irá a algún sitio y tendrá una familia que lo reciba para desayunar.

Camina y camina, pero él continúa en línea recta, a veinte metros de su espalda. En ningún momento se esfuma por una bocacalle. Sigue ahí, como una sombra. El hombre escupe en el suelo. Ella, conteniendo el aliento, escucha a la perfección el sonido de sus pisadas; no calza zapatillas con suela de goma ni mocasines ni botas ni chanclas, porque ese calzado sonaría como el suyo, contundente al impactar contra el suelo. Este es un sonido áspero. ¿Pero cuál?

Ni en broma va a girar la cabeza para salir de dudas. Eso sería exponerse demasiado. Si de repente se diese la vuelta, el hombre podría pensar que lo está juzgando, o peor aún, que lo está provocando. Es mejor no llamar la atención.

Aguza la vista y logra reconocerlo por el cristal de un escaparate: el tipo va descalzo. ¿Quién sale a la calle sin zapatos? Si al menos llevara puesta una túnica, podría entenderse como un gesto de penitencia. Pero no, el tipo viste de lo más sencillo: pantalón de chándal y una sudadera con capucha negra.

Traga saliva, aligera el paso. Coloca la espalda lo más erguida posible para no dejar rastros de miedo, camina con garbo, con el andar de una mujer hecha y derecha, como le gusta a su abuela, pero cada vez a mayor velocidad. El corazón intenta escapar de su pecho, ansioso por llegar a casa lo antes posible, mucho antes que el cerebro. Con la

marcha que llevan sus piernas, la falda se eleva hasta la cintura y deja asomar la parte inferior de las nalgas. Siente la sangre húmeda en la entrepierna. Tira de los bordes para colocar la falda en su sitio y recuerda lo que su abuela le dice cada viernes:

—Vete con cuidado, niña, una muchacha como tú no puede andar sola.

—¿Como yo? ¿Qué significa eso?

Ahora sí que tiene miedo. Lo más sensato sería pegar una carrera y rezar por que el otro no esté en forma. El problema es que eso podría cabrear al hombre, dañarle el ego. Quién sabe si también echa a correr y la alcanza. Quién sabe. En estos casos es mejor coger un desvío.

A su izquierda asoma una callejuela que no recordaba. Aprovecha para acercarse al portal de la esquina con el amago de entrar. Podría ser un refugio temporal donde esperar unos segundos, para que el hombre pueda adelantarla y sea ella quien controle la situación desde atrás. Pero deja de escuchar las pisadas. El hombre no avanza. Ha debido de pararse en seco. Entonces ocurre lo peor que le puede ocurrir a una mujer: la calle no tiene salida. Así que no le queda otra que hacerse la despistada y reincorporarse a la avenida principal, con su consiguiente sanción, y es que ahora el hombre está mucho más próximo a ella. Camina justo detrás. Puede intuir su silueta sin apenas girar la cabeza; sus ojos pasan a ser los ojos de un camaleón, adoptan una visión panorámica como si viajaran a la nuca.

Presiente el peligro. Es real. El hombre lleva la capucha puesta. Si fuera un hombre con buenas intenciones, por una cuestión de empatía, se la bajaría para que la chica no tuviera miedo. Pero él no lo hace y algo le dice que no

es por despiste. Viene a por mí, lo sé. Estas cosas pasan, pasan de verdad. ¿Tan inmune te crees?

Se acuerda de los consejos de su madre, de cuando vivía con ella:

—Corre, defiéndete. Pero, por favor, hazme caso, que no te suban a un coche. Eso nunca.

—¿Y si me piden algo?

—Pues se lo das. El móvil, la cartera... Lo que sea. Se lo das y punto.

Ojalá pudiera llamarla, ojalá no viviera a dos mil kilómetros de allí, en un poblado perdido donde no hay cobertura. Todo sería más fácil si la tuviera cerca.

Aunque sea en vano, saca el móvil del bolso y marca su número.

Después de tres tonos de llamada, salta el contestador, así que se conforma con hablarle al buzón de voz; le reprocha a un supuesto amigo que dónde están todos, que los está esperando para ir al after, que cuánto tiempo les queda. Está tan metida en la conversación, esforzándose en que suene natural y de verdad parezca que no va sola, que pega un traspíe y el móvil sale volando de sus manos. Al inclinarse para recogerlo, ladea la barbilla unos centímetros, estirando casi al máximo las cervicales. A través del rabillo del ojo vislumbra la cara del hombre. Los ángulos afilados por la luz de las farolas, el brillo en la mirada, el mentón alzado. Ella se incorpora de golpe y guarda el teléfono en el bolso. Le tiemblan las manos. Cierra la cremallera a trompicones. Se ajusta la falda de un tirón. El corazón se le sale por la boca porque ya no tiene escapatoria. Ve sus intenciones reflejadas en una vitrina. El sobresalto es inminente.

Antes de poder esquivarlo, nota un golpe en el cuello y un peso sobre la espalda, que la hace desplomarse con el hombre encima. Siente un calambre en las rótulas, las primeras en recibir el impacto. El espasmo recorre su espina dorsal hasta enviar el mensaje al cerebro. Grita con todas sus fuerzas.

Sería un milagro que alguien la escuchara, que pasara el camión de la basura o, ya que estamos, que apareciera un león africano y al tío le arrancara la cabeza de cuajo. Pero allí nadie la escucha. Allí solo hay bares, oficinas y tiendas; ya cerraron todos los establecimientos y todavía queda un buen rato para que los abran.

El hombre se levanta con el bolso en la mano. Debe de sentirse orgulloso porque ha conseguido lo que quería. Ya tiene su trofeo. Ella lo mira desde el suelo, jadeando. ¿Nada más? Solo quiere el bolso, estúpida. Déjalo. Nadie se muere por un bolso. Hazle caso a tu madre; tiene más experiencia que tú y sabe distinguir entre un mamífero manso y uno hambriento.

Ya está a salvo. Fuera de peligro. Sin embargo, a diferencia de su madre, su abuela y su stirpe entera, quizá por la acumulación de tres generaciones juntas, por sentimiento de justicia o, quién sabe, solo por capricho, por desagradecida, ella se salta las normas. Siente tal descarga de adrenalina que su corazón ya no quiere huir. Quiere luchar. Ella, que creció entre cintas de Blancanieves, La Sirenita y La Bella Durmiente, en cuestión de milisegundos, hace un recuento de las criaturas mitológicas, monstruos y demonios que conoce. Podría ser La Momia, la Niña del Exorcista o la mismísima Medusa.

Abre mucho los ojos, que se salgan de las órbitas. Descompone la cara como si se derritiera y le nacieran úlceras. Es repugnante, asquerosa. Se incorpora como lo haría un zombi y el cuerpo se le llena de espasmos. Sus brazos parecen ramas en pleno desarrollo, se le retuercen. Con las uñas bien afiladas se araña a sí misma las mejillas. Nota el escozor en la piel. La humedad. Dos zarpazos tatuados para siempre. Se inclina hacia adelante, improvisa una joroba y grita como un verdadero monstruo. De la garganta escapan sonidos guturales, del inframundo.

Podría ser un hombre lobo, un vampiro, un muerto viviente.

Y el tío que tiene delante podría agredirle o salir corriendo sin más. Pero le lanza el bolso.

¿Qué?

¿Qué acaba de pasar?

Por si el primer chillido no fue suficiente, vuelve a gritar y se destroza la garganta.

El hombre de negro la mira desconcertado. Pensará que esta loca va en serio, que lo mismo le está dando un brote psicótico y lo mata de un arrebato. Estas cosas pasan, pensará, pasan de verdad. Echa a correr por donde vino, con un trotecillo ridículo y la capucha hacia atrás. Ella recoge el bolso y sale corriendo en sentido contrario, en dirección a casa.

Por el camino pierde la estabilidad. Los zapatos con plataforma le hacen doblar los tobillos, se agitan como si bailaran flamenco, como si el pavimento estuviera en llamas, como si sus pies ya no fueran los de La Cenicienta. Tiene el cuerpo tenso, muy tenso. Se descalza y retoma la marcha, desorientada, pisando los ríos de orina que deja-

ron los mendigos y los borrachos de turno. Más adelante se cruza con alguno de ellos junto al Ayuntamiento. Deambulan por los callejones, se recuestan en los bordillos. De la velocidad que lleva, pronto los deja atrás, petrificándose, y, antes de doblar la esquina del edificio, ya solo son gárgolas.

Cuando llega a casa se mira en el espejo del recibidor. Ha perdido un pendiente de plata, la virginidad y también algo más.

Se toma un antiinflamatorio que le ha dejado su abuela en la mesita de noche, se desnuda y se acuesta en la cama con las manos apretando la tripa. La sangre tiñe las sábanas de rojo. Las mejillas le arden. Piensa en eso que dicen: no queremos ser valientes, queremos ser libres. Llevarán razón, pero ella se siente tan visceral, tan monstruo, que guarda este pedacito nuevo de sí misma, esta semilla diminuta, casi inofensiva, en algún lugar de su mente, al igual que su abuela guardaría en la cartera una estampita de la Virgen.

XIX  
CERTAMEN DE RELATOS BREVES MUJERES

**JURADO**

**PRESIDENTA**  
GLADIS DE LEÓN LEÓN

**SECRETARIA**  
ANA BELÉN CRESPO RIVERA

**VOCALÍAS**  
CARMEN DE LA ROSA MORO  
CORIOLANO GONZÁLEZ MONTAÑEZ  
VIRGINIA GONZÁLEZ DORTA  
AYOZE SUÁREZ

## CARMEN DE LA ROSA MORO

Escritora y médica rehabilitadora.

Ha publicado los libros *Todo vuela*, *Acordeón*, *Siempre tuvimos miedos*, junto con Ana Vidal y collages de Toni Lemus, y *Nosotras somos humanas* (Premio Isaac de Vega 2020 de la Fundación CajaCanarias).

Sus minificciones están publicadas en varias antologías: *Somos Solidarios*, *99 crímenes cotidianos*, *Ellas*, *Eros y Afrodita en la minificción*, *Perdone que no me calle*, *Un universo que se expande*, *Los nuevos mundos de la minificción*, *100 palabras para mamá*, *Antología de Minificción Española en Redes*, *Universo de libros III*, *MicroDecamerón*, *Pequeficciones I y II*, *San Borondón*. *Un viaje literario*, *Antología Virtual Pilar en corto*, *Microcosmos*, *Seis años de la Mini*, *31 cuentos para octubre*, *Minimundos*, *Microfantabulosas*, *Raíces*. *Ficciones de la memoria*.

También ha publicado minificciones en revistas como: *Plesiosaurio*, *Fahrenheit XXI*, *Minificción*, *Mirmidonia*, *Revista Internacional Mi Red*, *Trasdemar*, *La Otra*, 1749. Y En blogs como: *Antología Mundial de Minificción*, *Químicamente Impuro*, *La cazadora de relatos*, *Máquina de coser palabras*, *Brevilla*, *Piedra y Nido*, *La Microaudioteca*, y *Lectures d'ailleurs*.

Ganó el I y X Certamen de relatos breves “Mujeres” del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife y el I concurso de microrrelatos CFE. Premio Filmin de vídeo relato en el II Concurso de Historias de Familia del Club de Escritura Creativa Fuentetaja. Segundo premio en el III Certamen de microrrelatos *Misterioso Móstoles 2022*. Segundo premio en el concurso *#relatoexpres 2024* de Cultura Inquieta.

Ha sido finalista en varios concursos de relatos cortos y microrrelatos nacionales e internacionales. Finalista del I concurso de literatura personal Contradiction, del III concurso de relatos breves Faes Farma, del II concurso Eñe de Literatura Móvil y del III Concurso Internacional de Microrrelatos Museo de la Palabra. Accésit del concurso de relatos cortos Caja Canarias (2002), mención de honor en el I concurso de microrrelatos “Escritores en su tinta”, microrrelato destacado en el I Concurso Internacional de Relatos “Químicamente Impuro”, segunda mención en el concurso del calendario de noviembre de Internacional Microcuentista. Finalista de la VII y la VIII edición del Microconcurso de la microbiblioteca Barberá del Vallés. Finalista del concurso de microrrelatos “100 palabras para mamá”. Finalista semanal del XII concurso de microrrelatos Relatos en Cadena, de la cadena Ser (marzo 2019). Finalista del concurso de microrrelatos “Universo de Libros”, de Diversidad Literaria (2020), Finalista del concurso de relatos “El sillón de terciopelo verde” (2021).

Seleccionada para la Audioteca de Literatura Canaria Actual en 2021 y para el proyecto Semilla literaria de AMULL. Sus minificciones han sido traducidas al francés y al húngaro.

Es redactora e impulsora del Manifiesto de Escritoras de Canarias.

Participante en Simposios, mesas redondas y otras actividades relacionadas con la literatura, como jurado, ponente, coordinadora de mesas redondas, lecturas colectivas...

## CORIOLANO GONZÁLEZ MONTAÑEZ

Licenciado en Filología Hispánica y profesor de Enseñanza Secundaria. Ganador de los premios de poesía “*Félix Francisco Casanova*” en 1984 y “*Ciudad de La Laguna*” en 1987, su obra de ese periodo queda antologada en el libro *El viaje* (poemas 1984-2000). Su obra posterior es *Las montañas del frío* (2005), *El tiempo detenido* (2006), *Otra orilla* (Cuadernos de Guillermo Fontes) (2008), *Retorno* (The dream is over) (2009), *Călătoria* (El viaje), (Traducción al rumano y prólogo de Eugen Dorcescu, 2010), *la luz*, (2010), *Cuadernos y notas de viajes* (1988-2009), (2011), *Mapa del exilio* (2016), Premio “Pedro García Cabrera” convocatoria de 2014, *Mapa de la nieve* (2019), Premio “Julio Tovar” convocatoria de 2018, *Padre* (2002-2016) (2020), *El viaje II* (poemas 2002-2019) (2021) y *Tatăl/Padre* (2021) (Traducción y prefacio de Mirela-Ioana Dorcescu).

Figura en distintas antologías, entre las que destacan *La nueva poesía canaria* (Editorial Verbum. Madrid, 2001), *Los transeúntes de los ecos* (Antología de poesía contemporánea en Canarias) (Editorial Arte y Literatura. La Habana, 2001), *Poetas de corazón japonés* (Antología de autores de “El rincón del haiku”) (Editorial Celya. Salamanca 2005), *55 poeți contemporani* (Compilación de Valentina Becart), (Editura Arhip Art, Sibiu, Rumania, 2010), *Poesía canaria actual* (A partir de 1980) (Compilación de Miguel Martinón), (Ediciones Idea, Canarias, 2010), *Ανθολογία Σύγχρονης Ισπανόφωνης Ποίησης* (Antología de la poesía iberoamericana contemporánea) (Atenas, 2013), *Un viejo estanque* (Antología de haiku contemporáneo en español) (Ed. Comares, Col. La Veleta, Granada, 2013), *Poesía canaria actual* (1962-1992)

(La Manzana Poética, Córdoba, 2016) y La escritura plural (33 poetas entre la dispersión y la continuidad de una cultura) Antología actual de poesía española (Compilación de Fulgencio Martínez y prólogo de Luis Alberto de Cuenca), Ars Poética, 2019. Sus poemas han sido publicados en las revistas “Ágora”, “Cuadernos del matemático” y “Piedra del molino”. Ha colaborado en la revista especializada en haikus “Hojas en la acera”. Ha traducido del rumano los libros del poeta Eugen Dorcescu el camino hacia Tenerife (drumul spre tenerife) (2010) y Las elegías de Bad Hogfastein (2013). Ha sido traducido al rumano, al gallego, al amasik y al griego.

## VIRGINIA GONZÁLEZ DORTA

Ha sido maestra durante décadas. Ha montado dos bibliotecas, contado cuentos, puesto en marcha un proyecto lector para familias.

A través bitácora, Phoeticblog, cuelga historias visuales a partir de fotos, entre otros temas. Algunos de sus relatos han aparecido en: La torre de Babel, Máquina de coser palabras, Esta noche te cuento, La Esfera Cultural, Relatos indignados, Piedra y nido, La nave de los locos, Il sogno del Minotauro, y en el Proyecto Tradabordo de la Universidad de Poitiers. De ahí han saltado textos a ediciones digitales y sobre papel, como Máquina de coser palabras, Piedra y nido, Brevilla, Plesiosaurio, Microtextualidades, Minificción, Resonancias, Tradabordo, Alebrijes, Gente de pocas palabras, Microfilias, Quarks, Letras en rojo, Tusca, Revista Litoral y algunas otras.

Ha publicado “Paisaje de infancia y viento” y “99 variaciones en torno a la barra”, “De fisco en fisco”, “Algún lugar donde soñar”, “La Gomera entre Arguamul y Tejiade”

## **AYOZE SUÁREZ**

Escritor, editor, Maestro especialista en Educación Infantil, cursa como formación complementaria “Máster en Gestión de Proyectos y Espacios Culturales” en la academia “Divulgación Dinámica Formación” y “Curso de Community Manager para la Intervención Social” en el mismo centro. Curso de “marketing online: diseño y promoción de sitios web” CEO y fundador de GESTIOARTEM, empresa dedicada a facilitar servicios integrales en gestión cultural y eventos, y fundador de “Nectarina Editorial” en el año 2010, es un destacado agente cultural de las islas desde que en 2006 pasa a ser Director del “Recital Poético de Navidad de Canarias”. En 2015 toma el control de la Gestión Cultural de la librería Agapea en Tenerife, cargo que ocupa hasta 2019. Ha publicado los poemarios “Gaceta del Subamor & Retales de Pubertad” y “La palabra a ti indebida”, Galardonado en el “I Certamen de Relato Hiperbreve Villa de La Orotava”, “VII Premio Pedro García Cabrera” convocado por el Excmo. Cabildo Insular de La Gomera y el I.E.S. de San Sebastián de La Gomera, y premio “Ciudad de Tacoronte”, convocado por la Concejalía de Cultura de dicha ciudad, los dos últimos en la modalidad de poesía. En febrero de 2015 es distinguido por el Cabildo Insular de Tenerife con el Premio “Visionario Cultural” por la propuesta de Residencia Canaria de Cultura Internacional. Ha participado en gran número de recitales y lecturas poéticas de las islas como el “XIII Recital Poético de Navidad de Canarias” o el “III Festival Nacional de Poesía Ciudad de La Laguna”. Formó parte del grupo “Potaje Producciones”, compañía de artes escénicas. Durante 2020 realiza el ciclo audiovisual sobre literatura canaria “Mar de fondo” para Canarias Cultura en Red y desarrolla los conte-

nidos audiovisuales del proyecto “Constelación de Escritoras Canarias” para la Dirección de Ordenación, Investigación y Calidad de la Consejería De Educación, Universidades, Cultura Y Deporte del Gobierno de Canarias. También coordina y gestiona contenidos para diferentes proyectos en Le Canarien Ediciones, entre septiembre y noviembre del mismo año. En 2022 se asocia a Celaeno Books como co-editor o editor adjunto. En cuanto a producción, es productor ejecutivo y adjunto a la dirección del Festival Atlántico de Género Negro - Tenerife Noir; ha sido el responsable de los actos para la celebración del Centenario del nacimiento del escritor Isaac de Vega, entre mayo y junio de 2021 en los municipios de Granadilla y Santa Cruz de Tenerife. Director y productor de “EPICA - encuentro de poesía intergeneracional canaria” (Tacoronte, Granadilla, Las Palmas de Gran Canaria y Puerto del Rosario). Codirector y productor del Festival de Novela Histórica “Ciudad de Tacoronte” y productor de las jornadas de animación “Tacoronte Animado”, entre otros trabajos.







Evelyn Beatriz Hermosilla Méndez  
Ana Navarro  
María Purificación Gutiérrez Díaz  
Laura Urcelay  
Paulina Bencomo



**Santa Cruz de Tenerife**  
AYUNTAMIENTO